

ENRIQUE

¿Te ha hablado á ti tu hermano de nuestras cosas? ¿Qué te aconseja? ¿qué te dice? Pero con lealtad, sin engañarme.

GLORIA

¿Con lealtad y sin engañarte? Pues me recomienda paciencia y paciencia.

ENRIQUE

¿Nada más?

GLORIA

Nada más; pero me va curando. ¡Le tengo ya una fe! Me parece que vamos á legua por hora. Ya ves tú, ese medio kilo... Bueno, y aun prescindiendo de eso, porque á mí me da la gana de no darle importancia... ¿no me ves? ¿no tengo otra cara? ¿no soy otra? Sí, ¿verdad?

ENRIQUE

Sin ningún convencimiento; para tranquilizarla.

Sí, sí, Gloria; estás mejor.

GLORIA

Una barbaridad; sobre todo, desde que cambió el tiempo y apuntó la primavera. Tú no sabes los ánimos que da, por las mañanas, después de una nochecita regular, abrir el balcón y ver el cielo azul. Además, en esta época del año parece que una tenga que renovarse, aunque no quiera. Hasta los nombres de los meses son simpáticos: Marzo; es como si habláramos de un muchacho sano, fuerte... ¿Y Abril, que parece el ruido de una campanita?

ENRIQUE

¡Qué locura!

GLORIA

¡Ah, se me olvidaba! Ya tenemos casa.

ENRIQUE

¿Para los dos? ¿para nosotros solos, solos? ¿Dónde está?

GLORIA

No me seas malo; para nosotros solos, si tú quie-



res; pero verás como no. De todos modos, no es que la tenga precisamente; pero ya sé dónde estará.

ENRIQUE

¿Dónde?

GLORIA

En Asturias.

ENRIQUE

¿Nada menos?

GLORIA

En Asturias. Cuando te doctores vamos á pedirle á Carmen que intrigue, ella que sabe, para que te hagan médico de pueblo; pero ha de ser allí precisamente.

ENRIQUE

¿Por qué allí?

GLORIA

Por los manzanos. Lo he pensado mucho, y estoy

decidida. ¿No te parece que una casita rodeada de manzanos ha de ser sana por fuerza? La estoy viendo.

ENRIQUE

El alero del tejado un poco bajo, ¿no?

GLORIA

¡Bajito, bajito, como si toda la casa se hiciera un puño para recoger bien nuestra felicidad y que no vaya á escapársenos un día!... ¿Te parece?

ENRIQUE

Tú dispones.

GLORIA

No, no, tú; por fuera de la casa, tú.

ENRIQUE

De tejas arriba.

GLORIA

Exacto. Las persianas, verdes.



ENRIQUE

Verdes.

GLORIA

Y en algunos sitios, donde haya más sol precisamente, no quiero persianas: alguna enredadera en flor, y basta.

ENRIQUE

Cuando estemos más encariñados con la casa, tendremos que dejarla.

GLORIA

Me opongo. Yo les tomo un cariño á los rinconcitos de tierra con flores, que da horror. No me arrancas de allí ni á tres tirones.

ENRIQUE

Pero como yo trabajaré á conciencia, tendré mucha suerte en mi carrera; no voy á quedarme para siempre en médico de aldea. Nos trasladaremos á la capital.

GLORIA

Me llevas á la capital, y yo me muero de tristeza. Porque tiene razón Carmen: todo esto es tan obscuro... No, señor; como al fin y al cabo, por enfermos que cures en un pueblo, no vas á hacerte rico, mejor será, una vez allí, que no cambiemos de postura.

ENRIQUE

¡Pues sí que me estás pintando un porvenir!

GLORIA

¿Le haces remilgos?

ENRIQUE

Si no hemos de pasar de pobres...

GLORIA

¿Y el bien que hagas? ¿y las bendiciones que recibirás por él?... Tú no sabes, Enrique, lo que se le agradecen á un médico las gotitas de vida que lleva al corazón. ¿Ves lo que me pasa á mí con Pablo?... No basta decir cariño; digo devoción, como á Dios, y me quedo corta todavía. Y no es por mí; no creas...



pero si algún día (aunque se nos pida paciencia hasta que llegue), si algún día yo puedo darte, con salud, un poco de paz, ¿á quién lo deberemos?

ENRIQUE

Es verdad.

GLORIA

Pues no pidas más, Enrique: en nuestro pueblo habrá enfermas como yo; las hay en todas partes. Y digo enfermas, para decirlo de alguna manera. Yo creo que es que el alma tiene demasiadas ganas de vivir, que se adelanta, y que el cuerpo no puede seguirla... Tú haz con esas pobres mujercitas del pueblo lo que Pablo está haciendo conmigo: pon á su alcance la felicidad, y ¿para qué quieres más bendiciones ni más cariño en esta vida?

Transición.

Bueno; pero antes yo he de verlas; y si son muy bonitas, muy bonitas, se las mandamos al médico vecino.

ENRIQUE

Sonriendo, cogiendo entre sus manos la mano de GLORIA y besándola.

¡Gloria!

En el mismo instante, GLORIA como si vacilara, se lleva la otra mano á la frente y parece que vaya á desmayarse; es un amago nada más.

¿Qué tienes?... ¡Gloria!

GLORIA

Repuesta ya; enjugándose con el pañuelo la frente y los pulsos sudorosos.

Nada; un poco de vahido. Me habré fatigado, hablando...

ENRIQUE

¿Ves? ¿por qué te exaltas de este modo?

GLORIA

¡Si no es nada!... Pero tiene razón Pablo: ¡necesito paciencia, paciencia todavía!

Bruscamente, para cortar la situación, se acerca al tablero diciendo:

Ya pasó. ¿Te puedo ayudar?



CARMEN

Se oye su voz, antes de entrar, gritando:

¡Gloria! ¡Enrique!

ENRIQUE

¿Es Carmen?

GLORIA

Creo que sí.

Corre hacia la puerta del fondo para salir al encuentro de CARMEN, asustada.

¿Qué pasa?

CARMEN

Viene por el fondo, trajeada con cierta elegancia y puesto el sombrero, como para salir de casa.

Nada, hijita; sabía que estábais aquí y en lugar de toser se me ha ocurrido llamar desde lejos: ¡Gloria! ¡Enrique! para que supiérais que llegaba gente; por si acaso.

ENRIQUE

¡Carmen!

CARMEN

No diga usted más: ya sé que ni yo en persona ni mis bromas le hacemos maldita la gracia. Pero hoy es breve la tortura, señor ayudante. Vengo á despedirme nada más.

GLORIA

¿Sales tan pronto?

CARMEN

Antes quiero ver á Pablo. ¿Sabe usted si le han concedido la cátedra en propiedad?

ENRIQUE

No dijo nada.

CARMEN

Allá veremos.

ENRIQUE se dirige hacia la estufa con la cubeta en que lleva los cristales.

GLORIA

¿Te vas, Enrique?



ENRIQUE

Entro y salgo; de aquí á la estufa. Esto está á punto.

GLORIA

Sí, es verdad.

CARMEN

A ENRIQUE, con ironía amable.

¿Ni la mano, por si no nos vemos?

ENRIQUE

Volviendo sobre sus pasos y tendiendo la mano.

¿Por qué no? Adiós, Carmen.

CARMEN

¡Las bendiciones que se le ocurrirán á usted cada vez que me pierde de vista.

ENRIQUE

No; ya he acabado por desear que no se mueva

usted de casa. Como sé el disgusto que le entra á Glorita cuando sale usted, y como sale usted todos los días...

GLORIA

¡Pero hoy era una urgencia imprescindible! ¡para asuntos de Pablo! Y además volverá pronto, esta noche ¿verdad, Carmen?

CARMEN

Te lo juro. ¿Ve usted, Enrique? Yo sé que estoy cargada de defectos, que soy mala. Pero cuando me lo dan á entender todos ustedes, me endurezco más; como á la vieja del cuento, se me ocurre pisotear el espejo; no arañar mi cara. Logran más de mí los espejos que me llaman bonita.

Acariciando á GLORIA.

Esta es uno, donde me veo más buena de lo que soy en realidad ¡y me entran unas ganas de darle la razón!

GLORIA

Abrazándola.

¡Y me la das, mujer!

ENRIQUE, sin marcarlo mucho, pero dando á entender contrariedad, sale hacia la estufa.



CARMEN

Al quedar á solas con GLORIA.

Glorita, dime: si por algo que pasara alguna vez no volvieras á verme nunca más, ¿te acordarias de mí?

GLORIA

No puedo decirte nada; no sé si viviría.

CARMEN

Dios te bendiga.

GLORIA

¿Es de verdad que le has de hablar á Pablo?

CARMEN

Poniéndose un poco grave.

Sí, Glorita.

GLORIA

¿Para reñir más... ó para hacer las paces?

CARMEN

No lo sé; depende de él.

GLORIA

¡Qué penal!

CARMEN

Sí, hija mía. Por eso se me ocurre alguna vez que probablemente sería lo mejor acabar en una de éstas.

GLORIA

¡Carmen! ¡Mi hermano te quiere!

CARMEN

Sí, tal vez.

Queda una pequeña pausa que corta GLORIA, diciendo:

GLORIA

¿Por qué no haces una cosa, Carmen? Quédate; no salgas esta tarde.



CARMEN

¡No puede ser; qué cosas tienes!

GLORIA

No sé por qué, me da miedo que salgas esta tarde.

CARMEN

¿Sí?... ¿pero por qué? No hay causa ninguna.

GLORIA

Además, Enrique ha decidido hablarle á Pablo de nuestros asuntos, y tú me acompañarás entre tanto. Y la espera no me parecerá tan larga; te quedas, ya está dicho, ¿mé llevo el sombrero?

CARMEN

¡No, Gloria, por Dios! De todos modos, yo tengo que salir, yo tengo que salir.

GLORIA

Como quieras.

Vuelve á entrar ENRIQUE.

CARMEN

Disimulando, hinca el codo en la mesa para mostrar á GLORIA su guante.

¡Mírame qué guantes!

GLORIA

Son preciosos. ¿Te los han regalado?

CARMEN

Fifi Arroyo; igualitos, igualitos que los suyos. ¿Estorbo, Enrique?

ENRIQUE

No, no, Carmen; el codo nada más estorba un poco.

CARMEN

Retirando el codo de la mesa.

El codo.

ENRIQUE

Tomando el saquito de CARMEN que está sobre la mesa y dándoselo á ella.

Y el bolso; si pudiéramos quitarlo de la mesa...



CARMEN

Recogiéndolo.

Y el bolso.

ENRIQUE

Apartaremos la silla un poquitín.

Va á hacerlo.

CARMEN

Poniéndose en pie.

Y la silla. En resumidas cuentas, que no estorbo si me voy con todo lo mío á dos kilómetros justos del tablero.

ENRIQUE

También son ganas de llevar á mal lo que yo diga.

CARMEN

Eso será.

ENRIQUE

¿Podría lavarme las manos?

CARMEN

En mi gabinete. O si prefiere usted, en la cocina.

ENRIQUE

Pero...

CARMEN

Glorita, que aún no conoce la casa el pobre Enrique; anda, acompáñale.

ENRIQUE

No es eso. Iba á preguntar dónde hago menos extorsión.

CARMEN

Donde usted quiera: para los dos sitios es camino el comedor, que es donde ustedes dos se quedarán charlando.

ENRIQUE

Malhumorado, al salir por el fondo

¡Revienta, si no lo pregona!



CARMEN

Riéndose, á GLORIA.

¡Pero qué rabia le da que yo me meta en vuestras cosas!

GLORIA

Ya en la puerta:

Entonces, ¿sales sin remedio, Carmen?

CARMEN

¡Y para la cena, con vosotros!

GLORIA

No tardes.

CARMEN

No, Glorita.

Sale GLORITA, y cuando CARMEN da unos pasos hacia la silla para sentarse aparece, entrando por la lateral izquierda, PABLO.

PABLO

¿Tú, aquí? Me extraña verte en mi laboratorio. Le tenías horror.

CARMEN

Como no nos vemos nunca...

PABLO

Lo remedias tú, viniendo á despedirte; eso está bien.

Se ha sentado delante de su mesa de trabajo y durante el diálogo que sigue manipula y observa, utilizando algunos aparatos.

CARMEN

¿Qué hay de la cátedra? ¿no te dan esperanzas?

PABLO

No.

CARMEN

¿Entonces?



PABLO

Me han dado una seguridad, desagradable, pero seguridad.

CARMEN

¿Qué pasa?

PABLO

Que desde hoy, primero de Marzo, no tengo auxiliaría.

CARMEN

¿Ni eso ya? Pues para ser tres meses los que llevas cuidándote exclusivamente tú de tus asuntos, te has lucido. Y no es que no me la tuviera yo tragada, desde el primer momento. Pero como te pusiste de aquel modo... Vamos, ¿ves ya que una cosa es saber mucho y otra cosa servir para estos trotes de buscarse la vida, tomándole las vueltas? De modo que ni con tanto así contamos... Pues quiere decirse que llegó el momento de dejar á un lado resquemores y de hacer por casa. A defenderse tocan. Hay que dar pasos, ir de puerta en puerta, interesar al claustro en favor tuyo y yo me encargo. Y ahora mismo.

PABLO

¡Tú no harás nada!

CARMEN

¿Que yo no haga nada? Pues entonces para nosotros, desde hoy, es la miseria.

PABLO

Tengo mis lecciones particulares.

CARMEN

¡Valiente puñado son tres moscas!

PABLO

Mi laboratorio, mis estudios sobre el tratamiento de la tisis...

CARMEN

¡Oh!